

HOMENAJE DE AMIGOS AL URUGUAYO MÁS MEXICANO:

DR. JORGE LUIS TÓRTORA PÉREZ



Con cariño para
Beti Agratti,
Sebastián,
Emiliano y
Nicolás



Resumen

PaCiencia Pa'Todos rinde homenaje al Dr. Jorge Luis Tórtora Pérez destacando, más allá de su brillante trayectoria en las ciencias veterinarias, su profunda calidad humana. Uruguayo de nacimiento y mexicano por convicción, fue un académico apasionado, crítico y comprometido con la FES Cuautitlán de la UNAM. Amigos y colegas evocan su liderazgo firme y entusiasta, su amor por la docencia, su impulso a proyectos académicos y su defensa del rigor profesional. Gran anfitrión y conversador incansable, combinaba humor ácido, honestidad directa y afecto genuino. Formador de generaciones, promotor del trabajo multidisciplinario y compañero leal, dejó huella en estudiantes, colegas y amigos. Su legado permanece vivo en la comunidad que lo recuerda con gratitud, admiración y cariño.

PaCiencia Pa'Todos se suma al homenaje que han realizado al Dr. Jorge Luis Tórtora Pérez. Estas semanas se ha hablado tanto de sus aportes a las ciencias veterinarias y de su gran trayectoria académica, pero aquí hablaremos de la parte humana, de aspectos que solo sus amigos pueden contar y compartir. Leamos algunas anécdotas de la vida de este gran profesor y amigo de tanta gente.

Jorge Tórtora, el Tecolutla boomer

Por **Rafael Fernández Flores**

Quizá todos pensemos que la época que nos ha tocado vivir es una época excepcional. Al menos así lo hacemos quienes nacimos en la década de los cincuenta del siglo pasado y formamos parte de la llamada generación de los "baby boomers". Nos tocó salir al mundo, recién terminada la Segunda Guerra Mundial, cuando se respiraba un anhelo de volver a vivir cabalmente, después de tantas muertes.

El ambiente que se vivía en los años '50 y '60 era de mucho entusiasmo, era un clima en el que se gestaron cambios como la píldora anticonceptiva y la liberación femenina, que presagiaban ya mutaciones como las que produjo el movimiento del '68 en Francia que repercutieron en otros países, como el nuestro.

En México, este aliento democratizador abrió las puertas a un cambio en las instituciones de enseñanza superior, que tuvieron que modernizar su forma de operar para atender las nuevas demandas sociales.

En particular, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) abrió planteles de educación superior fuera de su campus central en Ciudad Universitaria. En 1974 se abrió la primera de las entonces Escue-

las Nacionales de Estudios Profesionales, la ENEP Cuautitlán. Esa escuela y las otras cuatro que se abrirán en los siguientes dos años; en el 75 y en el 76, dieron a muchos jóvenes la oportunidad de integrarse a ellas

En esos años, llegamos a la FES C - lo digo en plural- muchachos con mucho entusiasmo, con muchas ganas de tomar la oportunidad que el destino nos estaba ofreciendo.

Entre esos jóvenes que llegamos estaba Juan Antonio Montaraz, quien más adelante sería director de la escuela. También estuvo Jorge Martínez Peniche, quien tuvo una carrera muy notable en la misma facultad. Estábamos yo y Jorge Tórtora.

Jorge Tórtora, a diferencia de los otros tres, no había nacido en México. Era uruguayo. Formaba parte de una corriente importante de inmigrantes talentosos, del Cono Sur, que se dio en los años setenta y ochenta del siglo XX. En particular, hacía espacios académicos.

Recuerdo muy bien la manera como establecí relación con cada uno de los tres académicos mencionados, los dos Jorges y Juan Antonio. Con Martínez Peniche, hablando de béisbol, con Juan Antonio, de ajedrez, mi primera imagen de Tórtora fue verlo pegando anuncios para una plática. Pensé; "somos bichos del mismo pelaje".

Cuando Jaime Keller fue director de la escuela, a mí me tocó ser secretario académico y compartir con los otros tres amigos, responsabilidades administrativas. Juan Antonio se hizo cargo del Posgrado e Investigación, Jorge Martínez Peniche de la administración del campo uno y Jorge Tórtora de la parte de Medicina Veterinaria y Zootecnia.

Como he escrito y he dicho en alguna otra parte, éramos unos jóvenes llenos de entusiasmo, de romanticismo, de ganas de transformar el mundo. Y el mundo más inmediato que teníamos a disposición, para intentar cambiarlo, era el de nuestra docencia y de nuestra actividad académica.

Dedicamos tiempos larguísimos, que nunca parecían suficientes, a discutir, analizar y planear los cambios que queríamos. Como no nos alcanzaba el día laboral, todavía lo hacíamos los fines de semana e incluso nos gustaba vacacionar juntos.

En esas vacaciones juntos también participaban nuestras familias: nuestras esposas y nuestros hijos. Así constituimos un bonito grupo al que llamamos el grupo Tecolutla, porque algunos de los viajes que realizamos los hicimos a esa playa.

También viajamos a Zacatecas en la época en que todavía había trenes a esa ciudad. Recuerdo el viaje, cenando en el vagón restaurante, discutiendo, como siempre, apasionadamente, antes de irnos a dormir a nuestros camarotes.

Cualquiera que nos hubiera oído, habría pensado que se iba a romper una amistad de años, pero ¡no!

Al día siguiente, como si nada hubiera pasado, todos éramos tan amigos, como siempre. Todos teníamos distintos puntos de vista, todos los defendíamos con mucho encono, con mucho ardor y con mucho cariño, pero terminada la discusión, simplemente dábamos vuelta a la hoja y se hacía alguna de las cosas de las que habíamos hablado.

Seguíamos empeñados en mantener abierta una escuela a la que le teníamos mucho amor. Así recuerdo yo a Jorge Tórtora en aquellos primeros años: ¡Apasionado y comprometido!

Después, el tiempo nos quitó lo joven, pero no lo apasionado. Cada uno fue siguiendo su camino: Juan Antonio ya está jubilado, aunque siguió hasta el final en la FES Cuautitlán, al igual que Jorge Tórtora, Jorge Martínez Peniche, regresó a la Facultad de Química, y yo regresé también a Ciudad Universitaria, a la DGTIC.

Pero el destino no descansa. Nos tenía preparado un reencuentro entre los cuatro. Ocurrió el año pasado, con motivo de la ceremonia de despedida de Juan Antonio Montaraz. Ahí repetimos la foto que nos habíamos tomado en Zacatecas, varios años antes.....



Jorge Tórtora, mi amigo

Por **Jorge Alfredo Cuéllar Ordaz**

Indudablemente, la amistad es un vínculo voluntario basado en la confianza, el apoyo mutuo y la afinidad entre personas que comparten intereses, valores y experiencias y siempre con la preocupación genuina por el bienestar del otro.

Esa definición fue constante durante los 48 días de convivencia con Jorge Tórtora y su respetable familia. Son incontables las anécdotas que tuve la fortuna de tener con mi entrañable amigo, comparto solo algunas.



El inicio.

Fue en 1978 cuando el destino nos puso en contacto, Jorge llegaba a la entonces ENEP Cuautitlán y yo concluyendo mi tesis de licenciatura en el Laboratorio de Parasitología, ubicado en la hoy Unidad de Investigación Carlos Pijoan en Campo Uno. Asumo que hacía un recorrido por las instalaciones, no recuerdo con quién acudía; yo procesaba muestras. Nuestro primer encuentro verbal fue sobre lo que estaba trabajando, en ese momento conocí su modo de cuestionar, su gran conocimiento de la veterinaria, su capacidad analítica, así como su agudo, sincero y directo modo de hablar, palabras más o palabras menos, me dijo que mi trabajo sobre el parásito *Thysanosoma actinioides* era irrelevante, un agente poco frecuente y casi nulo impacto sobre la salud y producción animal, el tiempo le dio la razón a Jorge y como él decía, poco después enderecé el camino, además, tanto yo, como los que profesores e investigadores de la parasitología, recibimos el mote de cacólogos.



concluir con coincidencias; era el objetivo de excelentes intercambios de ideas que teníamos acerca de nuestra nación.

Recorrió prácticamente todas las entidades federativas de nuestro país, siempre con un sentido analítico de su historia, de sus razones y sinrazones religiosas, de la idiosincrasia de su gente y de su realidad actual. Como pocos, incluidos los mexicanos, conoció y disfrutó de su segunda patria. Con orgullo afirmaba, *soy un mexicano nacido en Montevideo, Uruguay*.

El uruguayo más mexicano:

Jorge Tórtora era un gran conocedor de la historia mexicana, desde sus diversas culturas prehispánicas hasta la razón y el contexto de la conquista, la época colonial, los diversos movimientos políticos y sociales, como la independencia, la reforma y la revolución, y también del México contemporáneo. Conversar para un análisis crítico y discutir para entender los motivos, nos permitía

Un veterinario que no realiza necropsias debe “correrlo”

En muchísimas ocasiones compartí con Jorge la impartición de conferencias y cursos de capacitación para estudiantes, colegas veterinarios y productores de pequeños rumiantes. Él abordaba los temas de enfermedades bacterianas, virales y metabólicas, yo, los problemas parasitarios; se generaban buenas discusiones con los asistentes y, en

ocasiones, dábamos la apariencia de que nos peleábamos, sin embargo, intercambiábamos puntos de vista diferentes, que al final concluían amistosamente y con coincidencias; el público constataba el gran respeto que nos teníamos y la gran amistad, sin lugar a duda.



Fueron tantos los eventos académico-científicos donde participamos, que él y yo nos sabíamos de memoria lo que diríamos, incluyendo los *chistoretas* que con gusto compartíamos y nos apropiamos. Un dicho muy común que tenía Jorge, en especial dirigido a los productores pecuarios, era que si un veterinario no hacía necropsias para llegar a un diagnóstico, debería correrlo, con énfasis en esa herramienta médica y en el conocimiento de la patología para identificar los problemas prevalecientes en algún rebaño.

Gran anfitrión

Visitar a la familia Tórtora-Agratti en la *Milpa Negra* en Jilotepec, Estado de México, siempre fue motivo de momentos muy alegres, de gran convivencia con ellos o con otros invitados. Desde antes de llegar, se percibía el olor a leña quemada, signo inequívoco de que nos recibirían con un delicioso asado uruguayo y, efectivamente, aparecía Jorge para recibirnos con su ropa llena de hollín y un *caballito* con su mejor tequila o mezcal. Después venía la comida, con carne deliciosa y alguna pasta o ensalada preparada por Bety o Sebastián, acompañada de un buen vino, muchas veces tannat uruguayo, de sabor fuerte, de tono oscuro y gran cuerpo. Las conversaciones fueron muy variadas, desde las culturas uruguayas y mexicanas, pasando por asuntos de la Facultad, de la UNAM y del país. La presencia de Emiliano Tórtora daba un sentido muy especial a las reuniones, por su gran sentido del humor y el desenfado de su lenguaje y expresiones. Ahora, con Nicolás, su nieto, con un aire de fresca e inocencia, será otro fiel heredero de tan bella familia. Inolvidables momentos.

Ahora padecemos la ausencia de Jorgito o Tortorita, como yo le decía, su familia extrañará su presencia y la FES Cuautitlán pierde a un excelente profesor e investigador; el gremio, a un gran profesionista comprometido con los estudiantes, colegas y productores. Deja un gran vacío, lo llenaremos con su recuerdo. Descanse en paz.

¿Quién fue Jorge Tórtora?

Por Paola Edith Briseño Lugo

Es una pregunta que no es fácil de responder; acuden a mi mente palabras como calidez, respeto, amistad, guía ... Sin duda, una de las personas que siempre recordaré con mucho cariño. Todo comenzó con un gran día en el que, siendo yo una estudiante recién llegada a la FES Cuautitlán, me inscribí en una clase de inglés y allí conocí a una persona que cambiaría mi paso por la Facultad de manera irreversible. Mi profesora ese semestre sería Beatriz Graciela Agratti Zapata, aunque mi amistad con ella se vio amenazada a los 10 minutos de la primera clase cuando le pregunté si era originaria de Argentina, y ella, con cara muy seria, me dijo: "Hasta acá llegó nuestra amistad; sobrevivió unos minutos nada más" ...reímos y supe que había encontrado a alguien muy especial.

La amistad, con el tiempo nos llevó a conocer a nuestras familias, recuerdo muy bien esa tarde, camino a "la granja" por primera vez, hace muchos años, me decía Beti, "hoy vas a conocer al consorte, pero no te asustes eh, habla golpeado, pero es buena gente..." Cuando llegamos, me recibió un olor envolvente, a carne, a café y a leña. Allí, al fondo, enmarcada entre macetas y cactus, estaba una figura que, sin saberlo, yo ya conocía del campo 4. En los pasillos me lo había encontrado de prisa, con el termo, el mate y la inseparable bata, incapaz de permanecer planchada, rodeado de alumnos. Lo reconocí, pero no sabía cuál era su nombre hasta ese día.

Unos minutos bastaron para que me hiciera examen de fisiología, bioquímica, microbiología y hasta de lógica, así era él, mente ágil, risa inteligente, ojos brillantes e inquietos, como los de un niño travieso, tenía la ironía a flor de piel. Lejos de asustarme, hicimos "click", me sentí "en casa", en ese paisito de uruguayos lindos. Estaban allí también Emiliano y Sebastián, éramos muy jóvenes, bromistas, inquietos, burlones y risueños, fue una linda tarde. Tuve la fortuna de que se repitiera, de poder platicar en muchas ocasiones con "el Doc. Tórtora", de apreciar su mente ágil, sus opiniones fuertes y a veces controvertidas, de sentir esa calidez diferente que tantas veces me brindó y que te hacía reflexionar, lo quisieras o no.

Luego me fui a la maestría. Un día, platicando sobre vacunas, me dijo: "Bueno, termina; luego me vuelves a decir esto que me dices y ahora sí ya te voy a creer porque ya fuiste con los que sí saben de inmunología". Estallé de risa, pero me guardé ese tierno halago en el corazón.

Recuerdo también un día, ya de regreso del posgrado, en el que llegué al campo 4, nerviosa, preocupada, sin saber qué esperar de un cambio profesional muy grande que acababa de emprender, me saludó, me abrazó y me dijo, "ya me enteré de que aceptaste, espero que, aunque te arrepientas, te tardes mucho, disfrútalo y ya", fue como la palmadita en la espalda que necesitaba para entrar en esa oficina con confianza, con la confianza de que no iba sola. Así eran su generosidad y su cariño, un poquito brutal, pero si sabías buscar bien, entre líneas había ternura mezclada con un reto, el de estar a la altura.



Nos tocaba recoger medallas de trayectoria académica juntos, dos veces tuve el honor de coincidir con él en ese evento y un poco por travesura y mucho por cariño, me gustaba gritarle desde el fondo cuando él pasaba al frente, me gustaba que se apenaba por mis gritos “de loca”, me decía, pero estoy segura de que sabía que eran principalmente de admiración. Una admiración que creció con los años, que reposó con vino, con pláticas de sobremesa, con regaños luego de alguna comilona compartida, porque no me defiendo, porque no me sé callar o porque me ganaba la paranoia.

Recuerdo también una vez en la que le dije que estaba pensando hacer mi doctorado, que me gustaría que fuera con él y me dijo “yo creo que debes buscar a alguien que te dirija la tesis en el área que tú quieres (inmunología), yo creo así como va la cosa, me la vas a dirigir tu a mí y perdón pero yo no estoy de acuerdo y no quiero participar”, entre bromas admiré también esa forma de decir las cosas que parecía un golpe de mazo pero

que tenía siempre el trasfondo de la honestidad y la claridad, tan poco apreciada por algunas personas por su falta de suavidad.

Hubo muchos consejos generosos del Dr. Tórtora, siempre disfrazados de regaño, que sabían hacerme reflexionar y que me ayudaron, sin duda a comprender cosas que él, por su gran experiencia en el campo, en la academia, en la vida y con la gente a nuestro alrededor, sabía mucho mejor.

Sin duda alguna, conservaré esos momentos en mi memoria porque, como dijo Betholdt Bretch, los hombres que luchan toda la vida son imprescindibles; así era el Dr. Jorge Tórtora y yo tuve la fortuna de conocer en él un ejemplo de académico, investigador y, sobre todo, amigo.

El compañero, colaborador y amigo Tórtora

Por **Raquel López Arellano**

Nuestro querido amigo, compañero y colaborador deja en nuestra comunidad un legado científico, docente y humano imposible de reemplazar. Impulsor de la Farmacia Veterinaria en la FES Cuautitlán y de la formación del grupo multidisciplinario entre QFBs y veterinarios. Trabajo de integración con las secciones de Tecnología Farmacéutica, Química analítica y del grupo del Dr. Jorge Tórtora.

Pero más allá de sus incontables aportaciones técnicas y académicas, Jorge Luis



Tortora fue ante todo un colega generoso, un investigador apasionado y un ser humano profundamente comprometido con la formación de nuevas generaciones. Su entusiasmo, su apertura intelectual y su inquebrantable ética profesional marcaron a todos quienes tuvimos el honor de trabajar con él.

Su partida deja un vacío inmenso, pero también un legado sólido que seguirá vivo en cada proyecto, cada estudiante y cada idea que nació bajo su guía.

Descanse en paz, el Dr. Jorge Luis Tortora Pérez. Su trabajo, su ejemplo y su amistad permanecerán siempre con nosotros.

Más allá del veterinario... el ser humano

Por **Ma. Andrea Trejo Márquez**

Hablar de Jorge Tórtora es hablar inevitablemente de excelencia académica. Fue un veterinario brillante, un investigador sólido y un docente que dejó huella en generaciones

enteras. Sus aportes a la medicina veterinaria y a las ciencias agropecuarias permanecerán como parte de su legado profesional. Pero si algo quiero recordar hoy, más allá de sus logros, es su calidad humana.

Cuando asumió por segunda ocasión la Jefatura de la División de Ciencias Agropecuarias, pudo haberse concentrado únicamente en los asuntos administrativos y en los indicadores académicos. Sin embargo, Jorge no era un hombre de miradas estrechas. Me invitó a participar en la construcción del proyecto de la Maestría y del Doctorado en Ciencias Agroalimentarias. Durante casi un año trabajamos intensamente junto con Margarita Tadeo y Alejandro Espinosa. Fue un proceso demandante, de largas reuniones y revisiones minuciosas, pero él lograba algo extraordinario: lideraba con firmeza, presionaba cuando era necesario, exigía calidad... y, al mismo tiempo, hacía que el trabajo fuera ligero, incluso divertido. Siempre atento a los avances, pendiente de cada detalle, marcaba el ritmo con una mezcla de disciplina y buen humor. Tenía ese humor ácido tan suyo, inteligente y provocador. Le gustaba bromear con nuestro “grupo feminista” —Margarita, Beatriz Agrati y yo— cuando organizábamos las Jornadas de Mujeres en la Ciencia. Lo hacía con picardía, sabiendo que era parte del juego, que detrás de cada comentario había complicidad y respeto. Nunca hubo ofensa, solo esa forma tan particular de integrarse a las conversaciones desde la ironía afectuosa.

Desafortunadamente, el proyecto del posgrado en Ciencias Agroalimentarias no tuvo éxito, pero siempre pensé que su visión había sido tan acertada y que pocos entendieron esa iniciativa que el área de Alimentos requería.

También compartimos casi siete años en la Comisión de Superación Académica. Podrían haber sido reuniones formales, tensas o rígidas. Con Jorge, no. Eran espacios de trabajo serios, sí, pero siempre atravesados por risas, abrazos y una calidez que convertía lo institucional en humano. Tenía la capacidad de suavizar cualquier discusión, de encontrar el punto de encuentro y de recordarnos que, antes que académicos, éramos personas.



Pero no todo fue trabajo; también me tocó disfrutar “el rancho” con un extraordinario asado, unos vinos y, sin faltar, unos alfajores; un espacio tan gaucho, tan bello, y ahí el anfitrión siempre con polémicas conversaciones que uno nunca sabía si eran en serio o una simple provocación. Al final todos reíamos y el tiempo volaba.

Hoy su ausencia pesa. Pero más fuerte que la tristeza es la gratitud. Gratitud por haber trabajado a su lado, por haber aprendido de su liderazgo generoso, por haber compartido tantos momentos en los que el rigor y la risa convivían sin contradicción.

Se fue un gran investigador y un profesor admirable. Yo me quedo con el recuerdo de un amigo leal, un compañero entrañable y un ser humano profundamente cálido. Y ese recuerdo, más que cualquier currículum, es el que seguirá vivo entre nosotros.